

# Deja que tus hijos se llenen de barro de vez en cuando

Escrito por Meg Lowman  
Traducción María Mayorga



*“Agradezco más una frondosa alfombra de hierba o de hojas de pino  
que la más lujosa alfombra persa”*

Helen Keller

Como cualquier niño, me encanta la naturaleza. Tal vez tenga algo que ver el hecho de que creciera en una pequeña ciudad al norte de Nueva York donde las distracciones de la gran ciudad no existían. Quizás fuese el hecho de que la naturaleza contiene muchos secretos y me encantaba ser la detective que iba descubriendo cada uno de ellos. Mi vecina Betsy y yo construimos un fuerte en un árbol y creamos incluso habitaciones cuyas paredes hicimos con follaje de árboles. Recolectábamos flores silvestres en lugar de jugar con muñecas Barbie;

vendábamos lombrices que de forma fortuita nuestros padres habían herido mientras cortaban el césped; con mucho cuidado, rescatábamos pajarillos que habían caído de sus nidos... Llamábamos a nuestro fuerte el “Hullabaloo” – el alboroto -, aludiendo a este tipo de acciones que sucedían en nuestro mundo paralelo.

Estoy convencida de que muchas personas de mi generación, si mirasen hacia atrás dirían que en su infancia hicieron casas en los árboles, que fueron de camping con los Scouts o con la familia o que un día fueron a pescar, de

caza o montar a caballo. Muchos de nosotros sentíamos de forma ocasional esa necesidad y gusto por mancharnos – incluso si eso suponía comerte algún bicho de aquí o de allá – mientras explorábamos lugares vacíos. Por eso, animo a los padres a que recuerden esa época y permitan a sus hijos mancharse de barro de vez en cuando.

**Q**ue esto es algo bueno va más allá de mi propia experiencia: cada vez son más los estudios que indican que los niños crecen más felices y más sanos cuando tienen una experiencia directa con la naturaleza. Y yendo más allá, los jóvenes valoran mucho más el mundo natural cuando han desarrollado esa conexión en la infancia. Nunca ha sido tan necesario como hoy.

Nuestro mundo natural es extraordinario tanto por su diversidad como por su complejidad, pero se encuentra bajo una feroz amenaza. En la última década, innumerables bosques tropicales, arrecifes de coral, marismas y praderas se han extinguido por causas humanas, y muchas más se encuentran en una situación alarmante. Estas zonas no sólo son las casas para animales y plantas, sino que también proveen de importantes servicios que benefician la salud humana. Los ríos y arroyos purifican el agua fresca; los bosques reducen la erosión y las inundaciones; el follaje de los árboles nos nutre de medicinas, los manglares protegen del aumento

del nivel del mar ocasionado por las tormentas y los insectos polinizan las cosechas. El mundo natural representa la espina dorsal para la economía de muchas comunidades locales sustentadas en el turismo, los bienes raíces y para la subsistencia de las poblaciones locales.

El problema es que al mismo tiempo que nuestro precioso mundo natural plantea estas amenazas, nos encontramos también en una profunda crisis sobre educación en materia de científica. La financiación para la investigación científica ha sido totalmente recortada. A nivel nacional, la alfabetización científica hacia nuestros ciudadanos se está viendo terriblemente erosionada, produciendo una pérdida de talentos que en su día favorecieron que la tecnología fueran un filón. Las consecuencias derivadas de todo esto son de gran alcance y tal vez hoy represente el gran reto a nivel global – algo que ni América ni el mundo pueden permitirse.

¿Por dónde comenzar entonces? Algunas de las ideas se pueden encontrar en casa, en la educación a nuestros hijos. Si volvemos al año 2002, había evidencias de una creciente división entre la naturaleza “virtual” y la “real”, especialmente entre nuestros niños. Una encuesta realizada por la revista *Science*, por ejemplo, mostraba que había más niños que reconocían los personajes del juego electrónico *Pokémon*, que aquellos que sabían identificar animales

reales como una nutria o un escarabajo. A día de hoy, los niños saben más sobre la complejidad de la Xbox y de plataformas de Android que sobre la cadena alimentaria sobre la que se sustenta nuestra propia alimentación. Si, en el mejor de los casos, nuestros hijos tienen la suerte de aprender sobre los bosques y las costas, habitualmente lo hacen en la pantalla de dos dimensiones de un ordenador en vez de chapotear en pozas o mirar a los árboles.

Los daños a los Sistemas de la Tierra están alcanzando cotas irreversibles y aunque ahora tenemos a nuestra disposición una gran cantidad de medios técnicos – tanto para entender las amenazas como para encontrar las soluciones – sigue sin existir un sustituto a la conexión con el mundo real en tanto en cuanto nos ayuda a entender la complejidad de los sistemas naturales. Aquí es donde realmente la alfabetización científica comienza.

**C**onectar al niño con la naturaleza es una de las mejores y más simples vías de impulsar a los jóvenes a tomar buenas decisiones sobre temas de salud personal, cambio climático y sostenibilidad. Es necesario que sepan cómo afectan los productos químicos al océano, por qué las selvas tropicales son cruciales para la vida en latitudes templadas, cómo se necesitan millones de años para crear petróleo procedente de plantas muertas y por qué el mercurio aumenta progresivamente

en el pescado (¡también es útil ser capaces de identificar hiedras venenosas!). Comprender esto se convierte en algo mucho más real y lleno de significado cuando una persona está conectada con el mundo natural.

**P**ese a que mi pasión por la naturaleza procede fundamentalmente de las exploraciones durante mi infancia, esta pasión realmente brotó al ser madre. Ser madre me hizo pensar más profundamente sobre el entorno de mi propia infancia. El aire puro, el agua fresca y limpia, el atardecer en la playa y el canto de los pájaros por la mañana son algunos de nuestros más preciados tesoros y tal vez la herencia más valiosa que podamos dejar a nuestros hijos. Considero que la alfabetización científica es una de las herramientas más importantes para garantizar la calidad de vida en el futuro y espero que este blog ofrezca información interesante y hechos científicos tan fascinantes que inspiren al lector y le hagan valorar y apreciar un poquito más la naturaleza – y salir al aire libre y disfrutar la naturaleza.

¿Y si con motivo del Día de la Tierra – 22 abril - nos comprometemos a compartir la naturaleza con algún joven – tu hijo, nieto o un niño del vecindario – durante el resto del año? Ayudemos a la próxima generación a crear un puente de unión entre la naturaleza virtual y la real y mostrémosles simplemente lo divertido que puede llegar a ser mancharse de barro.

Este texto ha sido traducido por [María Mayorga Martín](#), creadora de In Natura, escuela en la naturaleza, bajo el consentimiento de la autora [Meg Lowman](#), escritora científica y directora de Ciencias y Sostenibilidad en la Academia de Ciencias en San Francisco. Autora de más de 8 libros y más de 125 publicaciones científicas.



Meg Lowman  
<http://www.calacademy.org/>  
<http://canopymeg.com/>

Versión Inglesa disponible: [Let Your Kids Get Muddy Once in a While](#)